

## ANTE LA CUMBRE DE RIO

Lo supimos todos. Lo vimos, como quien dice, todos. Ocurrió en Río de Janeiro una cumbre de excepción. Una cumbre como se dice en términos políticos, sobre la problemática de la tierra. Mejor dicho: sobre la problemática del ambiente. De tal significación fue el tema, que asistieron jefes de estados de casi todo el mundo. Unos dijeron, como suele suceder en casos similares, una cosa y otros dijeron otra. El acuerdo posible resultó utópico. Lo único que unificó opiniones si tenía que caerse por su propio peso. El problema de la tierra, a escala mundial, es mucho más que un problema. Se trata, como salta a la vista, de una tragedia.

Esta tragedia, así de simple como se enuncia, es, en cada uno de sus pormenores, toda una guerra. Y, como tal, apareció con el hombre. Viene, pues, desarrollándose desde los albores de la historia de la cultura.

El hombre para precisar los elementos que configuran esta guerra, es, también, un animal. Como cualquier otro. Pero, mientras cualquiera de los demás animales que pueblan la jungla, desde la golondrina hasta el rinoceronte, nace, crece, se desarrolla, se reproduce y muere en armonía completa, inalterablemente, segura, con su entorno, el hombre procede de otro modo. No más abre los ojos sobre su circunstancia, inaugura una guerra a muerte con ella. La ataca sin tregua, sin piedad ninguna, sin comprensión de las consecuencias posibles de tamaña actitud. La ataca, como dicen los jurisperitos, con saña, premeditación y alavosía. Y, reiteramos, a tiempo completo. El hombre es el animal depredador por antomasia. A tal extremo llega a la tragedia, que al hombre lo podemos definir, de un solo pepazo, como el animal que hace basura. Curioso de toda curiosidad ¿ No es cierto?. La guerra del hombre, pues, contra la naturaleza tiene la edad de la naturaleza. Nada más, nada menos. Y, esta guerra, como cualquier otra guerra, ha venido perfeccionándose poco a poco de acuerdo con el progreso general. El hombre primitivo, por caso, rumbaba un árbol centenario mediante el hacha y su esfuerzo de varios días. El hombre tecnificado vuelve polvo una selva mientras se fuma un cigarrillo. El hecho no puede ser más monstruoso. El señor Kohl, representante de Alemania, soltó en Río una frase estremecedora. El hombre tiene que hacer las pases con la naturaleza.

Se trata, como se ve, de una verdadera guerra. ¿De qué manera, por ejemplo, puede el hombre hacer las pases con su ámbito natural? La respuesta es, a nuestro juicio, una sola. La educación. Pues bien. La educación, frente a la naturaleza como frente a cualquier otro problema, tiene dos posibilidades. Forma al hombre y con los métodos persuasivos que caracterizan la autoridad. Y forma al hombre con los métodos represivos que caracterizan la autoridad. Toda educación es resultado de la acción combinada de estos dos factores. He aquí el problema, repetía el famoso Príncipe inglés. La educación persuasiva, si vemos a Venezuela, no sirve porque, gracias a nuestros gobiernos, está en el suelo. Y la educación

represiva, la autoridad, está en el subsuelo. No tenemos, en realidad, para donde poder coger.

Si observamos, con algún detenimiento, nuestro ámbito tachirenses, que vale como muestra para todo el país, la conclusión resulta negativa por completo. Nuestras gentes del campo echan abajo un bosque para plantar un conuco. O lo echan abajo so pretexto de acabar con la plaga, mediante el fuego. Ignoran todas estas gentes que el método empobrece el suelo y agota las fuentes. Ignoran que semejante ignorancia conduce, tarde o temprano, al hambre irremediable de cada comunidad. Habría, así, que revisar nuestra educación de punta a punta. Habría, a la vez, que instituir autoridad de algún modo. Recordaremos que el último Libertador que nos queda por estos andurriales hispanoamericanos, Fidel Castro, dijo en Río, sintetizando las dos modalidades de la educación que decimos, que el problema consiste en que tenemos que matar el hambre si no queremos matar al hombre en cualquier lugar del mundo.

La Cumbre Ambiental de Río, en fin, resumió la tragedia del mundo. Hay que hacer las paces con la naturaleza, si se aspira a matar el hambre y no al hombre. ¿Sabrá el estado, el estado venezolano, utilizar algún día, a propósito de todo esto, las dos modalidades de la educación que resuelven el territorio problema?